aquella devota reunion. Y no hay por que estrañarlo; pues si Jesucristo declaró que en donde estuviesen reunidos dos ó tres para dirigir sus ruegos al Altísimo, Él se hallaria tambien en medio de ellos; nada tiene de singular que se hallasen presentes los Angeles en donde estaban reunidos muchos hombres con el mismo objeto. Y si el oficio de aquellos es presentar y ofrecer á Dios los delicados perfumes de las oraciones de los justos, quisieron en esta ocasion dejarse ver esparciendo flores sobre aquellos fieles congregados, acaso para mostrar que habiendo agradecido y aceptado la majestad de Dios el perfume de sus plegarias, les concedia aquellas virtudes que ellos tal vez le pedian ardientemente, representadas por las bellas y olorosas flores que sobre ellos sembraban aquellos hermosos y celestiales mancebos.

CAPÍTULO X.

Introduce S. Felipe para alivio y consuelo de los pobres enfermos las visitas frecuentes á los hospitales de Roma, dedicándose á ello con incansable caridad los de su Oratorio.

Tenia sobrada razon el venerable Juvenal Ancina en afirmar que Felipe se mostraba admirable especialmente en la prudencia y destreza para inventar y promover ejercicios espirituales; la verdad de sus palabras se comprueba no menos con lo que hasta ahora se ha referido, que con lo que se dirá en los capítulos siguientes. Dijimos que habiendo abandonado el Santo el comercio en el mundo, al que pretendia inclinarle su padre, se trasladó á Roma para comerciar en espirituales y celestiales riquezas: y bien presto conoció las eternas ganancias que le ofrecia el vasto campo de los hospitales de Roma, siendo no solo ricos mercados en donde puede ganarse mucho con poco trabajo, sino inagotables minas en que enriquecerse espiritualmente; por cuyo motivo iba con frecuencia á tales lugares, consumiendo en tan piadoso y cristiano ejer-

cicio todo el tiempo que le sobraba de las continuas meditaciones y contemplaciones de las cosas divinas. Habiendo visto por esperiencia las grandes ganancias de tan fructuosa ocupcaion, como que los mercaderes espirituales no tienen celos de que los demás se enriquezcan, ni temor de que les quiten su lucro, antes bien cuanto mas procuran que atesoren los otros tanto mas creen acumular pasa sí; propuso á sus hijos, y los animó no menos con su ejemplo que con sus exhortaciones, á que se impusieran la piadosa costumbre por largo tiempo abolida en Roma, como afirma Gallonio, de ir á servir los pobres enfermos de los hospitales. Así pues luego que habia confesado á sus hijos en los dias festivos, despues de la debida preparacion para recibir al Señor, y concluida la misa, communion y accion de gracias, se dividian aquellos en tres secciones, de las cuales una iba al hospital de san Juan de Letran, otra al de la Vírgen del Consuelo, y la tercera al de Santo Espíritu; quedando edificada con su ejemplo toda la ciudad de Roma, tanto por el piadoso recogimiento con que iban aquellos devotos jóvenes por las

calles, cual convenia á los que poco antes habian alojado en su pecho al mismo Jesucristo é iban entonces á servirle en la persona de los pobres enfermos, cuanto por el mérito de las caritativas obras en que iban á emplearse. Llegando al hospital cada uno procuraba con oportunos y espirituales discursos consolar al enfermo á cuyo servicio estaba destinado, exhortándole á la paciencia, persuadiéndole á que medicinára no solo su cuerpo con los remedios, sino su alma con el sacramento de la Penitencia, y animándole á esperar en la divina misericordia: despues se esmeraba en ayudarle y servirle en cuanto habia menester, y á mas le recreaba dándole alguna cosa de las várias que aquellos devotos hermanos llevaban para consuelo de los pobres enfermos. De entre los mas fervorosos de aquellos, que entre todos eran unos treinta ó cuarenta, mandaba todos los dias el santo Padre algunos á hacer la misma caridad con gran provecho de los enfermos y de los que en los mismos hospitales estaban destinados á su cuidado y servicio; aprendiendo de ellos el modo de servirlos con caridad: Y bien podian servir de

modelo: pues enseñados por su santo maestro, tenian por única advertencia que no pensasen que servian simplemente á los enfermos en lo que necesitaban, sino que para hacerlo con aquella fineza de caridad que convenia debian atender á la fe, imaginándose que aquel pobre era Jesucristo, y tener por cierto que lo que hacian por el enfermo lo ofrecian al mismo Jesucristo, porque así lo cumplirian con mayor y mas perfecto amor, y la ganancia de su alma seria incomparablemente mas notable.

Ni debemos pasar aquí en silencio como en tan santo ejercicio se empleaba por las exhortaciones de Felipe no solo la gente humilde y mediana, sino personajes notables por sus letras y nobleza. Cesar Baronio, no obstante estar ocupado en los ejercicios del Oratorio y en componer la grande obra de los *Anales*, fué diariamente por espacio de muchos años á visitar los enfermos. Juan Bautista Salviati, hermano de Antonio María Salviati, cardenal, y pariente cercano de Catalina de Médicis reina de Francia, separado del mundo por las eficaces palabras del Santo, como ya se ha dicho, entre otros espirituales ejercicios que con

mucho fervor abrazó fué uno el de la continua asistencia á los hospitales sirviendo con sus manos á los pobres enfermos, y haciendo con ellos los oficios mas humildes y bajos, con suma edificacion de quien lo observaba y particularmente de quien sabia qué personaje era. En efecto, sucedió con un pobre enfermo, que habiendo estado en otro tiempo á su servicio, se hallaba á la sazon postrado en una cama del hospital del Consuelo, y quien nada sabia de la mudanza de vida de su señor, que viéndole junto á sí, y oyendo que le instaba para que se levantase, juzgó que lo decia por burla; no pudiendo persuadirse que un caballero mundano y de nacimiento tan elevado quisiera ejercitarse en tan bajo ministerio, por lo cual constrastó un buen rato la incredulidad y respeto del siervo con la caridad del señor: aunque al fin quedó vencedora esta, teniendo que ceder la obstinacion del enfermo á las repetidas instancias de Juan Bautista. De modo que el humilde caballero de Jesucristo nunca fué mas honrado, que cuando por amor de su Dios servia al proprio siervo en cuanto necesitaba.

Inútil es manifestar lo grato que era á Dios todo esto: baste decir que para que se inclinasen mas eficazmente los hombres á dedicarse á aquel caritativo ejercicio, no dejó nuestro Señor de obrar algunos singulares prodigios. Dos cosas sobre todo suelen alejar á los fieles de servir á Jesucristo en los hospitales; la una es el temor de contraer algun mal por la atmósfera que reina en ellos, que con la muchedumbre de hábitos enfermos juzgan no solo poco sano sino inficionado, y la otra, la repugnancia que causa la suciedad que necesariamente allí se encuentra. Pues bien: para quitar la falsa aprension del primer obstáculo y la sobrada delicadeza del segundo, echó mano Dios en aquellos tiempos de dos operaciones maravillosas. Testifica Cesar Baronio que habiendo ido muchas veces á la acostumbrada visita de los hospitales, y estando él mismo acometido de fiebre, que parecia que debiera habérsele agravado en aquel recinto volvia enteramente libre de ella, y encontraba la perdida salud en aquellos receptáculos de enfermedades y de malos humores. Tan cierto es que quien vá á ejercitar

aquella caridad, no debe temer el encontrar mal alguno, cuando allí se curan las enfermedades maravillosamente en vez de contraerlas; y aunque á las veces sean de naturaleza contagiosa, no lo son para los que por amor de Dios asisten á los enfermos, como afirmó el Nacianceno: *Eos, qui ægrotantibus assistunt, et propter Deum serviunt, singulari Dei munere ab infirmitatibus etiam contagiosis non infici.* Pero quizás es mas estraño lo que tocante al segundo caso sucedió á una señora, llamada Flora Ragni, antigua penitente de Felipe y su primogénita, segun él mismo la llama en una carta que se conserva y venera en la Congregacion del Oratorio de Nápoles, á cuya ciudad vino ella á habitar.

Esta virtuosa señora, pues, cuando estaba en Roma y el santo Padre dirigia su conciencia, iba con otras señoras de gran piedad por órden de este á ejercitarse en algunas obras de caridad varios dias de la semana á la casa de los *Huérfanos,* que está en la plaza Capranica, tales como hacerles las camas y asearlos. No fué pequeña la repugnancia que sintió ella al principio en tal ejercicio, por la molestia y

fastidio que le causaba la hediondez de tales sitios; pero como virtuosa que era y obediente al santo Padre, de cuya voluntad dependia, no quiso dejar aquel cargo, y se contentó con participar á su Santo director su repugnancia. Quiso saber Felipe por menor en qué sentia mas repugnancia; la buena señora respondió que principalmente el ver cierta clase de bichillos que encontraba al limpiar aquellos pequeños huérfanos. Entonces el Santo, que no queria sino la aceptacion de la victoria y no ya la ejecucion, le mandó que el primero de aquellos, que le viniese á la mano, se lo pusiera en la boca. Aterrada con tan dura órden la señora respondió: «Padre, ¿cómo es posible hacer eso?» á lo que añadió Felipe: «Vé y hazlo.» Llegó el dia establecido, en que debia segun costumbre ir á servir á aquellos pobres niños; y era increible la repugnancia que sentia pensando que llegaba la hora de cumplir el duro mandato; pero armándose de valor venció toda repugnancia é intrépida se fué al lugar destinado. Entregándose allí á los acostumbrados ejercicios, usó no solo de la ordinaria sino de mayor diligen-

cia para encontrar alguno de los aborrecidos animalillos; y no pudo encontrar ninguno, aunque de otros de diversa especie hallase no pocos; con lo que no pudo cumplir lo mandado por faltarle, no sin prodigio, la ocasion de ponerlo por obra. Yendo pues á la mañana siguiente á confesarse con el santo Padre, este como rígido exactor de sus preceptos la preguntó si habia hecho lo que se le habia impuesto, á lo que ella contestó refiriendo lo ocurrido y el Santo con una sonrisa la despidió. Todo estó lo manifestó ella despues de la muerte de Felipe en las informaciones que se hicieron en Nápoles de órden de la sagrada Congregacion de ritos para su canonizacion.

Grande era sin duda la ganancia que hacian los hijos del Santo, frecuentando los hospitales, en los que subia de punto, por decirlo así, el oro de su caridad; pero no menor era el provecho que sacaban de ello los pobres enfermos, no solo porque se aliviaban en cuanto al cuerpo y se recreaban con aquellas continuas y amorosas visitas y con varios regalos que les llevaban los mismos, sino porque sus almas eran socorridas con una utilidad

que á fuer de espiritual, era incomparablemente mayor para ellos. A mas de las eficaces exhortaciones, con que los invitaban á la paciencia y al sufrimiento y los inducian á otros actos virtuosos, continuamente recibian por su medio los últimos Sacramentos, de que acaso se hubieran visto privados. Esta desgracia le hubiera sucedido exactamente á un pobre enfermo, si Baronio, ó mas bien el mismo santo Padre, no le hubiese socorrido. Habia llegado aquel infeliz fuera de hora al hospital de Santo Espíritu, y metiéndole en cama antes que manifestase los males de su alma al confesor, se agravó entre tanto su dolencia en tales términos que sin pérdida de momento hubo que administrarle la santa Uncion. En tan crítico estado, marchando á pasos acelerados á su ultimo fin, indudablemente hubiera pasado al otro mundo este desdichado sin recibir la absolucion sacramental de sus culpas, si Felipe, llamando intempestivamente á Baronio, no le hubiera mandado que fuese al hospital de Santo Espíritu. Escusóse Cesar diciendo que ya era tarde y que habia pasado la hora acostumbrada; pero sin embargo por obedecer al Santo se encaminó allá y llegando á tiempo que parecia que su caridad debiera estar ociosa, se puso á pasear por el hospital, cuando casualmente, ó mejor dicho, por divina disposicion, se encontró con aquel desgraciado, quien, segun se usa con los moribundos, tenia el Crucifijo y la lámpara al lado de la cama. No dejó Baronio pasar la ocasion; dirigióse de seguida al moribundo y se puso á decirle algunas palabras proporcionadas á su estado, para confortarle, hasta que prosiguiendo su discurso, vino en conocimiento de que aquel pobrecito que á tan grandes pasos caminaba hácia la eternidad, no se habia aliviado del peso de sus culpas, ni provisto para su viaje del Pan eucarístico. Dispuso pues que inmediatamente le fuesen administrados aquellos dos importantes Sacramentos, y no bien los recibió, cuando como si el alma no esperase ya otra cosa para desprenderse de los lazos del cuerpo exhaló el último suspiro. Refirió Baronio al santo Padre cuanto habia ocurrido, el cual atribuyéndolo no ya á su vista perspicaz, sino á la fuerza y virtud de la obediencia, le dijo:

«Ahora vé y aprende á obedecer sin réplica.» Este ejercicio tan laudable se ha conservado y se conserva en la Congregacion del Oratorio, yendo frecuentemente á servir y consolar á los enfermos de los hospitales los hermanos seglares del Oratorio, acompañados de los Padres prefectos del mismo, con mucho fruto y edificacion no solo en Roma, sino aun en otras ciudades ilustres en donde se ha establecido el instituto del Oratorio.

CAPÍTULO XI.

Celo de Felipe en favor de los infieles y muy especialmente de los hebreos.

Hemos visto ya cómo correspondió Felipe á los designios de la divina Providencia al destinarle á la Capital del orbe católico y no á las Indias como él deseára en un principio en union de otros. No obstante esto siempre conservó un afecto simpático hácia el suspirado Oriente, en términos que cuando en Roma trataba con alguno de aquella parte del mun-

do, sentia abrasársele el corazon, palpitándole como si pretendiera salírsele del pecho para volar allá á emplearse en la salud del prógimo y en servicio de su Señor. En cuanto alcanzaron despues sus fuerzas, no cesó de procurar la salvacion de los infieles en Roma, á cuya simple vista no podia contener las lágrimas; y de tal modo ardia en deseo de salvarlos, que para convertirlos no perdonaba medio que estuviese á su alcance. Y Dios le concedió ver el abundante fruto de sus afanes; pues muchísimos por sus persuaciones y poderosos ruegos se redujeron al gremio de la santa Iglesia.

Referirémos á este propósito algunos de los casos ocurridos al Santo. Iba él en una ocasion con Próspero Crivelli, su penitente, á la sacrosanta basílica Lateranense, cuando se unió á ellos en la calle un hebreo. Entrando juntos en la iglesia, y arrodillándose delante del altar del Santísimo, solo el hebreo con la cabeza cubierta y vuelto de espaldas al altar permaneció con la mayor indiferencia. Acercóse Felipe á él, y le insinuó que hiciera esta breve oracion al menos: «Si sois vos el verdadero